

el rescate y la memoria



Constantino el Africano y la Escuela Médica de Salerno

Norberto Aldo Conti

La ciudad de Salerno, ubicada en la región de Campania en el sur de la península itálica fue fundada por los romanos y a partir del siglo IX se constituyó en capital de un principado lombardo, en esa época comenzó a formarse en la ciudad una escuela de medicina que alcanzó gran popularidad en la Europa medieval entre los siglos XI y XIII, la situación privilegiada de la región de Campania fue refugio de pensadores bizantinos y árabes, en ella se dio el entrecruzamiento de la cultura latina, musulmana y judía. Una leyenda afirma que el *Colegium Hippocraticum* de Salerno fue fundado por un griego, un hebreo, un musulmán y un cristiano, se puede afirmar que esta institución fue el germen a partir del cual se desarrollaron los estudios universitarios en los siguientes siglos en Europa. Es también destacable que en ella se estableciera el primer examen de graduación para la obtención de título de médico y que, en 1224, el emperador Federico II ordenó realizar los exámenes de graduación de forma pública otorgando título de médico reconocido en todo el Sacro Imperio Romano. Para ese momento la enseñanza comprendía cinco años de estudio de medicina y cirugía y un año de práctica clínica.

El principal representante de la escuela de Salerno es Constantino el Africano (1020-1087) nacido en Cartago, de origen judío, políglota conocedor del latín, árabe, caldeo, persa, egipcio e hindú, practicó el mazdeísmo y el culto de Mitra, posteriormente abandonó toda riqueza y se convirtió al cristianismo ingresando como monje benedictino al Monasterio de Santa Ágata de Aversa, primero, y luego a la Abadía de Monte Cassino donde vivió hasta su muerte.

Durante su estancia en Monte Casino tradujo los textos árabes que llevaron a Salerno a su apogeo como centro de conocimiento médico. El *Catalogus Librorum Constantini Africani* establecido en 1806 enumera doce

obras con un total de diecinueve libros entre los cuales se encuentran los dos tomos de *De Melancholia*. Esta obra aparentemente corresponde a una traducción de otra homónima escrita por el médico árabe Isak Ibn-Imram en el siglo VIII, pero con diferencias notables que corresponderían a los aportes de Constantino.

Este texto tiene una importancia histórica fundamental porque constituye el reingreso a la Europa del siglo XI de la tradición médica antigua acerca de la melancolía a través del pensamiento de Hipócrates, Rufo y Galeno glosado por los traductores árabes.



De melancholia

Constantino el Africano

Libro Primero

La melancolía perturba al espíritu más que otras enfermedades del cuerpo. Una de las clases, llamada hipocondríaca, está ubicada en la boca del estómago; la otra clase está en lo íntimo del cerebro. Los accidentes que a partir de ella suceden al alma, parecen ser el temor y la tristeza. Ambos son pésimos porque confunden al alma.

En efecto, la definición de la tristeza es la pérdida de lo muy intensamente amado.

El temor es la sospecha de que algo ocasionará daño.

Nuestro propósito es decir cómo la cualidad de esta pasión del alma se torna perturbadora del cuerpo.

No hay que omitir cuatro objeciones formuladas desde un principio por los filósofos: primero, si existe. A partir de la respuesta a este interrogante se comprende si la cosa existe o no. Segundo, qué es. A partir de lo cual esta definición es llamada substancial. Tercero, cuál es, y a partir de esto, se hacen ostensibles sus cualidades. Cuarto, por qué es. Esta cuestión investiga la causa profunda de su esencia.

Es innecesario preguntarse si la melancolía es una pasión, puesto que la enfermedad muestra su presencia claramente a partir de la tristeza, el temor o el sudor que la domina. Por lo tanto, se debe dejar de lado esta cuestión y se debe trabajar sobre lo que es, esto es, sobre la definición.

La melancolía es la creencia de que sobrevendrá cualquier cosa mala. Debido al temor y a la angustia, se sospecha que viene lo que no vendrá. Otros definen de otro modo a la melancolía, diciendo que es la sospecha que domina al alma, por la cual se generan el temor y la angustia. La definición expuesta por partes, aclarará cuál es esa enfermedad.

Cuando los efluvios de la bilis negra suben al cerebro y al lugar de la mente, oscurecen su luz, la perturban y sumergen, impidiéndole que comprenda lo que solía comprender, y que es menester que comprenda. A partir de lo cual esta desconfianza se vuelve tan mala, que se imagina lo que no debe ser imaginado y hace temer al corazón cosas terribles.

Todo el cuerpo es afectado por estas pasiones, pues necesariamente el cuerpo sigue al alma. Por consiguiente, se padece vigilia, malicia, demacración, alteración de las virtudes naturales, que no se comportan según lo que solían, mientras estaban sanas.

La causa de esta enfermedad y el principio de su origen es multiforme: o bien, a partir de una incipiente mala conformación del cuerpo, por la corrupción del esperma o por las menstruaciones corruptas de la matriz, que son nutritivas del esperma; o por la alteración de la matriz donde crece el feto. Por todas estas cosas, si la mala configuración, cálida y seca, o fría y seca domina, la substancia del cuer-

po se corrompe, y para caer en esta pasión se prepara, sea en todo el cuerpo, sea en el cerebro sólo, cuando aquella mala configuración seca la substancia, vuelve desordenadas y enfermas a las siguientes virtudes ordenativas: imaginación, memoria, y razón, a causa del alimento que recibe su substancia del cerebro, a saber el alimento negro no bueno ni purgativo.

Todas estas cosas han sido corrompidas al nacer por esta primera complexión. Y esto, porque el cuerpo y el alma padecen por la primera constitución.

Una vez que la primera complexión se corrompe, genera de modo múltiple y diverso la melancolía y es agente potentísimo de esta enfermedad. En primer lugar y principalmente el exceso de comida y bebida, la negligencia en la higienización del cuerpo y en la ordenación de seis elementos necesarios en igual medida, esto es: el movimiento y la quietud, el sueño y la vigilia, la inanición y la continencia, la comida y la bebida, el aire y las pasiones del alma. Pues éstos son necesarios al hombre mientras vive, pues en ellos mismos reside, ya la salud, ya la enfermedad; y si éstos abundan más de lo conveniente se genera en el cuerpo una materia nociva, a partir de lo cual los humores del cuerpo se corrompen y éste se enferma.

Dañan también no sólo los alimentos corruptos sino su frecuente variación. Hacen daño, pues, las lentejas, la carne de liebre en cuanto que generan sangre líquida. Dañan también los dátiles, la carne de cabra, de vaca, camello, cerdo, las cuales producen una sangre turbia y espesa. Los pescados salados, quesos estacionados, carnes saladas y secas, conchas marinas, pescados viejos y mantenidos en sal durante una noche, ocasionan mayores molestias. También dañan, al hacer mutable a la sangre, transformándola en bilis negra, los caracoles, los corderos, la miel, las nueces, los lentiscos, los higos con nueces, las piñas.

Por lo tanto, si se comen frecuentemente todas estas cosas, se junta en los cuerpos la bilis negra, de donde se transforma en melancolía.

Ahora bien, conviene entender que no toda enfermedad crónica o aguda, como la gota, cólicos, melancolía, frenitis, terciana, pleuresía, enfermedad de los ojos, suele nacer de una mala materia, a no ser que todos los miembros desfallezcan y que estos fluyan hacia la (mala materia), a la cual aquellas (enfermedades) fluyen, cualesquiera sean éstas, o sea nobles o innobles, interiores o exteriores. Ahora bien, todo desfallecimiento de los miembros, o es natural o es causado por el enorme ímpetu de las enfermedades, por lo cual las fuerzas de aquellos desfallecen

y se adquiere una configuración modificada para recibir a estas enfermedades. Hay causas mucho más poderosas del desfallecimiento de los miembros, esto es: exceso de calor y sensibilidad o imperfección. Cualquier miembro es perfecto y tiene sensibilidad natural, si su complexión es cálida, antes de que aparezca la enfermedad; la pasión se siente, y se espera el futuro cuando se lo atrae como una ventosa a la sangre, como vemos en la gota y en los dolores ilíacos, por el calor de los pies y de los intestinos.

Los melancólicos sienten los accidentes del alma o del cuerpo, aunque no sean ciertos y se los imaginen en su mente, por defecto del cerebro.

La causa de esto es el "humor" que, a partir de la bilis negra, oscurece la luz de su mente y la contrae para que no vea la realidad como es. A partir de esto, el alma racional de aquellos, ve lo relativo a los padres, a los que debe amar, como algo frío y horrible, huye de lo familiar, por considerarlo molesto. Puesto que la melancolía daña del mismo modo al cuerpo y al alma, es necesario que el cuerpo y el alma se enfermen por su causa.

Ya hemos hablado de la causa de la enfermedad del cuerpo, esto es, de la complexión del cuerpo, del cerebro, del desarrollo, de la negligencia en purificar el cuerpo, y de los alimentos que generan la cólera negra.

Resumamos pues y digamos que la cólera negra afecta tanto a los que habitan regiones muy cálidas, o muy frías o secas, frías y secas, o en las cuales el clima es inestable como en otoño, como a los que habitan regiones pantanosas, barrosas, lacustres, en los valles y cerca de los grandes ríos: en estos lugares ni se logra el descanso, ni se purifican los excesos del cuerpo, pues allí el aire es sofocante y fétido. Por esto, los humores se aglutinan en el cuerpo y después de un tiempo provocan tales enfermedades. Lo mismo les ocurre a los que abandonan la costumbre de purificar el cuerpo: flebotomía, escarificaciones en el baño, sudor, ejercicios, fármacos, vómitos.

Los que dejan de lado estas cosas juntan en sus cuerpos malos humores. A medida que se van llenando se van convirtiendo en bilis negra.

Lo mismo sucede a los que beben vino negro y pónico, de horrible olor, los cuales adquieren la bilis negra por dos causas. Una, porque de este modo el vino no produce sino sangre turbia, espesa, poca y negra; porque el vino nutre el cuerpo, y no a la sangre, a no ser desde la de calidad líquida y colérica, dentro del vidrio. Otra causa es la disminución de los sentidos por la ebriedad y el humor negro y pésimo que corrompe el cerebro y que de lo profundo hace surgir esta enfermedad. El vino añejo y cálido bebido con frecuencia produce lo mismo que hemos visto en los ebrios. Quienes beben mucho vino fuerte, caen en esta pasión y similares, como el temblor, la epilepsia y la apoplejía.

Galeno dice: la peor y mortal enfermedad de los ebrios es la que nace de dos humores contrarios: el agudo colérico y el rojo flemático; es pésima y mortal como vemos en las fiebres tercianas. También se produce a partir de la bilis roja, pútrida, no sólo fuera de las venas, sino también en las venas con su pútrida flema, por lo cual es mortal y pésima, y raro el que se salva. Poco a poco la flema se prolonga en una indigestión a causa de su pesadez y dureza. Ahora bien, la bilis roja destruye la virtud (o la fuerza) del cuerpo

a causa de su poder y de la magnitud de sus accidentes; cuando estas dos se unen, el enfermo no puede vivir.

Hay otra causa, contraria a las anteriores, que genera melancolía. La melancolía también ataca a los que ni comen, ni beben mucho, como los religiosos y los hombres venerables, que ayunan durante el día, y de noche están de vigilia. La sangre se debilita y se convierte en bilis roja, cuya humectación termina después de mucho tiempo y, enturbiándose, se vuelve bilis negra, y acude la melancolía.

Del mismo modo, el exceso de suave descanso y de sueño mezcla los jugos, que después de un tiempo, cambiados en bilis negra causan esta enfermedad.

Parecía increíble que tanto el mucho ejercicio como la mucha quietud inflamen los cuerpos, consumiendo su humedad y llevándolos velozmente hacia la bilis negra.

Es suficiente para nosotros lo que hemos dicho acerca de las causas de la melancolía del cuerpo. Conviene, pues, como lo prometimos, que hablemos de la del alma.

El alma tiene sus acciones mutables, de la ira a la pacificación, de la tristeza a la dulzura, del temor a la audacia. Estas son acciones del *alma vital*. La excesiva meditación, la razón, la retención de la memoria, son propias del alma racional. La investigación de lo incomprendible, la conjetura, la esperanza, la imaginación, el juicio perfecto o imperfecto de un asunto, son todas cosas que ocasionan la melancolía si el alma se ocupa muy profundamente y frecuentemente de ellas.

Vemos pues a muchos religiosos y seculares con buena vida, que caen en esta pasión por el temor de Dios, y las conjeturas sobre el juicio futuro y el deseo de percibir el sumo bien, ya que todas estas cosas superan a sus almas. Por eso ni piensan, ni investigan, sino que sólo aman y temen a Dios, y caen en esta pasión y se tornan como los borrachos, por excesiva preocupación y por casi vanidad.

Por consiguiente, las acciones del alma y las del cuerpo se corrompen de este modo: El cuerpo pues, sigue al alma en sus acciones. El alma, sigue al cuerpo en sus accidentes. Ello es verdad para aquellos que siempre están dedicados al estudio, como a los libros filosóficos o a los otros semejantes. Estos casos son por los accidentes del alma racional o procedentes de ella y en ella están planteados y radicados.

Según atestigua Galeno, Platón dijo: cualquier cosa que escondemos en nuestra mente, surge a partir de la sabiduría que su alma recuerda. Lo que quiso decir Platón es que el alma ligada al cuerpo recuerda auténticamente cualquier cosa que haya sabido antes de unirse al cuerpo. De este modo, aquéllos están próximos a la melancolía, a causa de la investigación de la ciencia, la fatiga de su memoria, la tristeza por la caída de su alma, la riqueza y la fuerza de su dedicación. Todas estas cosas hacen flaquear no sólo su memoria, sino también su razón e intelecto.

Como dice Hipócrates en los libros sobre las epidemias, inciso sexto: la tarea del alma es el pensamiento, del mismo modo que la tarea del cuerpo es caminar, por lo cual genera pésimas enfermedades. Como la tarea del cuerpo, así la tarea del alma hace caer en melancolía.

Y esto se debe decir de los que perdieron sus cosas amadas, como los que perdieron a sus hijos y amigos más queridos, o algo precioso que no pueden restaurar, como los sabios que pierden de pronto sus libros, como si los

deseosos y avaros perdieran algo que no esperaran recuperar. Todo esto les provoca llanto, tristeza y angustia y vulnera a estas mentes haciéndolas aptas para la melancolía. Pues así como la salud del alma es la sabiduría y la verdad de lo que debe ser comprendido, su enfermedad será la ignorancia. Por eso Galeno dice: la belleza del alma es la justicia; la fealdad es la injusticia.

Todas estas son las causas principales y generales de la melancolía. Conviene pues que digamos de qué materia nacen las clases especiales de melancolía. La melancolía es una pasión triple: pues una está en la boca del estómago, otra en el hipocondrio, otra en el cerebro. En éste se deben considerar dos formas, la de la esencia del cerebro y la de todo el cuerpo que suele ascender desde los pies hasta el cerebro. La de la esencia del cerebro puede ser con fiebre aguda, que, en la mayoría de los casos se transforma en delirio frenético y proviene de la bilis roja, cuando se inflama y no se ennegrece ni llega a la pasión melancólica.

A esto le sigue la facundia, la excitación y la ira y la visión de muchas cosas negras ante sí y otras semejantes, aunque no sean verdaderas. La que es sin fiebre, existe a partir de la melancolía natural de la sustancia, que domina el cerebro y que cambia su constitución. A ésta se llama leonina, porque los que padecen esta pasión se levantan como leones y son audaces y fuertes como leones. Esta especie es penosa para curar y difícil de medicar.

En la especie que asciende de todo el cuerpo al cerebro y es similar a éste, se pudre la bilis negra, la cual aparece como la hez de la sangre y es llamada jugo negro y no se transforma en verdadera melancolía. Igualmente nace de todos los humores que encendidos se transforman en bilis negra y sería fácil de medicar si se transformara en verdadera bilis negra, que domina el cerebro o su compleción natural. Los que la tienen perfecta y completa muestran que no han cambiado ninguna de sus cualidades o acciones porque, mudada la compleción natural del cerebro, sobreviene una templanza accidental. Sin embargo, aparecen el mal genio, la necesidad, la audacia, la vanidad, hasta tal punto que, si alguien prescribe un castigo, ni siquiera lo escuchan. Perdieron su astucia a causa del humo de la bilis negra que cubre sus cerebros. Pues así como el sol, que es la luz del mundo, con la niebla o el humo pierde su luminosidad, así también, cuando el humo de la bilis asciende hasta su mente se vuelve turbia y el humo la interfiere de tal modo que su esplendor no puede propagarse y ver la realidad como es en verdad.

Pero esta clase de melancolía y la otra que asciende al cerebro desde la parte inferior del cuerpo, cuando están plenas y muy frías, están muy ocultas y oscuras, de modo que nadie espera o piensa que existan debido a la diversidad de cualidades que se suceden. Entender la naturaleza de los hombres y sus astucias es incomprendible. Se los conoce, por consiguiente, a partir de la conversación cotidiana y de la convivencia con ellos, porque, cuando las naturalezas percibidas durante la salud, parecen *a priori* cambiadas, se entiende que han caído en esta pasión. Por ejemplo: si percibimos que alguien es naturalmente engañoso, hablador, iracundo y después vemos que su ira se ha adormecido y que está constantemente taciturno, entendemos que hay una enfermedad

y que él padece esa pasión. Del mismo modo, si alguien fuera lento para hablar, calmo, tímido y después apareciera rápido en la respuesta, muy elocuente y audaz, entenderíamos que ha caído en esta enfermedad.

Encontramos que Rufo, esclarecido médico, escribió un libro sobre la melancolía y dijo en la primera parte muchas cosas sobre los accidentes que padecen los melancólicos y sus astucias; después agregó: tanto hemos dicho en esta parte sobre los accidentes de los melancólicos que si el lector estudioso y atento los revisara, podría deducir, a partir de los escritos, los accidentes no escritos. Rufo quiso demostrar con estas palabras que los accidentes melancólicos son incomprensibles.

La causa de esa incomprensibilidad es que cuando la melancolía domina al cuerpo, está oculta. Del mismo modo, las pasiones del alma también están ocultas, a partir de la incomprensibilidad de su esencia y la dificultad de encontrarla. Pues, ¿quién podría investigar cuántas y cuán grandes razones, imágenes y memoria del alma hay en cada uno? Del mismo modo, ¿quién podría comprender las astucias de los hombres? Por esto, médicos excelentes cayeron en la duda, pues no pudieron tener una noción acabada de esta enfermedad.

Rufo hizo aquel libro solamente acerca de los melancólicos hipocondríacos. Pero, aunque haya escrito únicamente acerca de esta especie, con la cual sin embargo trató de abarcar a las otras dos, dijo que había comprendido a las tres. Nosotros hagamos lo mismo, imitémoslo también y digamos que los accidentes de la melancolía que son propios del cerebro se unen a los otros dos, esto es, a los de la hipocondría y a los de la parte inferior del cuerpo.

La especie que se llama hipocondríaca nace de la bilis negra, cuando abunda y desciende hasta el estómago, la cual produce el daño más grande al cuerpo y al alma. Al alma, a causa de la vecindad con la boca del estómago y la tristeza del corazón, el temor y la sospecha de la muerte, de tal modo que llegan a creer que sus amigos son horribles, de manera contraria a lo que indica la razón.

La causa de la pasión del cerebro y de la mente en esta pasión es de dos clases: una es a partir de la acomodación de la boca del estómago al cerebro, de donde es necesario que se asocie en la pasión. En efecto, puesto que el cerebro se vuelve la culminación de todo el cuerpo, sobre todo de la boca del estómago, y siempre recibe a partir de ella el humo que asciende cálido o frío, húmedo o seco, cuanto más crece el humo, con él aumenta también la bilis negra. Por lo tanto, el humo asciende desde la boca del estómago hacia el cerebro siempre, de día y de noche.

Hipócrates, en el libro sobre las epidemias, dice: "La boca del estómago, naturalmente cálida, cambia la iracundia, vicio del alma, y la pereza y la rudeza, como también el corazón lo hace, puesto que es naturalmente cálido". También dice: "los cuerpos de aquellos cuyo estómago es naturalmente cálido, son macilentos; las venas gruesas, cálidas y plenas; el cutis, áspero; la sangre, colérica, porque el excesivo calor corrompe en su estómago la substancia del alimento.

La segunda clase existe porque el corazón de aquellos está en el medio, entre el estómago y el cerebro. El corazón envía al cerebro un soplo espiritual para producir la vida. Purga y limpia a éste, recibido en sus ventrículos,

y envía la parte más tosca y purificada para producir los cinco sentidos: a la más sutil y limpia para producir las virtudes de la mente, esto es: la imaginación, la memoria y la razón. De donde el *espíritu* del cerebro se llama *alma racional*. Lo que queda del *espíritu* es enviado hacia la popa del cerebro para la virtud del movimiento voluntario. Por esto es preciso que, a partir de la pasión del corazón, el alma padezca, puesto que siempre extrae del corazón un hálito espiritual para su propio alimento.

Tales cosas hace la bilis negra, cuando llega a la boca del estómago, en esta clase de melancolía que está en el alma y es llamada hipocondríaca.

Se ha de decir qué produce en el cuerpo, porque la vida del cuerpo, sea el gobierno o el alimento del mismo, es a partir de cuatro virtudes: apetitiva, *contentiva*, digestiva, expulsiva. La virtud digestiva domina a estas tres como a servidoras. En efecto, las otras tres son asistentes, porque la apetitiva sólo conduce el alimento al estómago, la contentiva lo retiene hasta que la digiere, la expulsiva elimina lo superfluo innecesario y las heces. Por lo tanto, la bilis negra cuando desciende hacia el estómago para producir la enfermedad hipocondríaca daña sólo a la virtud digestiva a la que también contrae y cuya esencia corrompe. De donde le produce dos daños: el primero, hace permanecer la enfermedad y, al molestar la digestión, confunde su calidad de tal modo que el cuerpo ni la aprovecha, ni se nutre. Y esto constituye un gran peligro, porque ni la misma bilis hace nada para curarse, ni permite que se purifique por la materia del alimento que sobreviene, ni el alimento en su esencia se mejora para ser capaz de expulsar y purgar la bilis, por lo cual esta clase de hipocondría es difícil de curar.

El segundo daño es que la permanencia de una digestión corrupta en el estómago produce otros dos daños: por un lado, muchísimo alimento que no se adecua a la virtud digestiva, generando una gran flatulencia y gran inflamación muy difícil de eliminar, la que siempre se extiende lateralmente, bajo el hipocondrio, y que desciende hasta el intestino llamado colon y evita que el excremento descienda a causa de la sequedad de la digestión. Tal enfermedad es más fuerte en sus molestias, pues la flatulencia levanta mucho el alimento indigesto desde la parte inferior del estómago hasta la superior. De donde se arraiga en su concavidad y confunde la virtud digestiva. El segundo es la corrupción del alimento por su condición indigesta, que hace que el estómago falle, de modo que se alargan los tiempos de los alimentos, y todas las cosas que en él se producen reciben la bilis roja o bien la flema según la naturaleza del alimento y la complexión del órgano.

A veces, para algunos la bilis roja desciende hacia el estómago, para otros la flema, para otros una y otra mezcladas. Todas estas cosas producidas en el cuerpo, a partir de los excesos en la comida y la bebida, alargan los tiempos. En lo que atañe a las pasiones melancólicas, esto resulta suficiente.

Conviene que hablemos de los accidentes que se originan, generales y particulares, como la tristeza, el temor de algo que no debe ser temido, el pensamiento en algo que no debe ser pensado, la certeza de un hecho terrible y temible y que no debe ser temido y la percepción de algo que no existe.

Ven ojos terribles, formas temibles y negras, y cosas similares. Como observó alguien que sufría de esta enfer-

medad: hombres negros que deseaban matarlo, flautistas y también cimbalistas que cantaban por los rincones de su casa; otros pensaban que no tenían cabeza. Rufo atestigua que él mismo vio a este individuo, por lo tanto le hizo una mitra plumiza para que, al sentir este peso, no dudara de que tenía cabeza. Otros oyen aguas que corren, vientos que se mueven tempestuosos, voces temibles y terribles, que suenan en sus oídos, sonidos que no cesan ni de día ni de noche. Todas estas cosas son falsas. Para otros que tienen el olfato corrupto, todas las cosas huelen fétidas. Otros pierden el sabor y no saborean ningún alimento, a causa de la corrupción del sabor. Otros piensan que sus cuerpos son mayores de lo que son; otros creen que se han tornado en otra cosa que hombres, como creyó, bajo esta pasión, el alfarero. Otros tienen dañada la imaginación y la razón, como cierta mujer que sufrió pensando que tenía en su vientre serpientes, lo que Galeno testimonia haber visto. Hay otros que piensan que el cielo se escapa, y temen que se caiga sobre ellos; otros que piensan que Dios se cansa de sostener el cielo y, en consecuencia, permitirá que el mundo caiga sobre ellos, y que en consecuencia, los hombres perecerán. Hay muchos otros accidentes de este tipo y son innumerables. Hay también algún otro que es común y análogo en todos. Son los más deseosos de medicina y los que arden en deseos de ser medicados, de modo que suplican a los médicos y les prometen las cosas más hermosas que tienen, pero cuando los médicos hacen los preparativos para medicarlos ni los escuchan, ni los obedecen; y esto lo hacen todos los melancólicos. Todas estas cosas son universales del alma: lo atinente a los cuerpos, las vigiliass, la *macilencia*. Estos son accidentes del alma e inherentes al cuerpo y universales. Algunas de estas especies particulares son comunes a todos los individuos: algunas en diversos individuos. Los accidentes que todos sufren son: vigiliass, dolor de cabeza, brillo ocular, mareos y, a menudo, caída de los párpados.

Algunos comen mucho y son de fuerte apetito, pero si en un momento dado pierden su apetito, parece que desesperan de sus vidas, porque los ataca una molestia tan considerable, que a causa del ardor de la bilis negra no soportan la falta de alimentos. Otros han perdido de tal modo el apetito que parecen despreciar la comida y la bebida y estiman que la prohibición de comer es necesaria para ellos. Los melancólicos de este tipo son peores que los otros, pues el cuerpo se consume y decae y, no se vive mucho tiempo con esta pasión.

Los que comen mucho, aunque la cantidad de alimentos los dañe, aumentando las enfermedades, son más sanos, porque los cuerpos obtienen alimento; porque si suspenden los excesos que aumentan las enfermedades en el cuerpo de algún modo pueden expulsarlas, ya sea por un régimen natural, ya por el talento de la medicina.

Lo mismo sucede con la melancolía que asciende del cuerpo al cerebro. Pero el temor y la tristeza y los otros accidentes ya mencionados no son continuos en ellos, sino más bien intermitentes, pues no ascienden del cuerpo al cerebro, sino según la cantidad reunida en el cuerpo.

Los accidentes de los hipocondríacos son, además de los mencionados, algunos que les son propios, como la hinchazón y la flatulencia con inflamación. Algunas veces, sus extremidades se hinchan tanto que estallan; a

menudo sienten vértigo y pesadez de cabeza, a veces eructan un líquido ácido y melancólico a causa del exceso de bilis en la boca del estómago, a pesar de esto se sanan.

Una enfermedad más peligrosa y molesta es la sequedad de vientre, a causa de la flatulencia melancólica de los intestinos que impide salir a los excrementos.

Otros, que tienen pereza, aman la soledad y la obscuridad y el apartarse de los hombres. Otros aman los lugares espaciosos, luminosos y con hierbas, los huertos con frutos y aguas. Otros aman cabalgar, oír diversos géneros de música, hablar con hombres sabios o con los más amables y, si permanecieran solos, pensarían que se aproxima la muerte. Estos padecen tales accidentes que les resultan insoportables. Otros tienen demasiado sueño, otros lloran, otros ríen y todos estos accidentes tienen sus propias causas. Pues siempre los perezosos que aman la soledad, la obscuridad, y el aislamiento de los hombres, tiene un corazón melancólico al que recubre un *espíritu vital*. Por eso esperan futuros males; a partir del humor melancólico su imaginación se oscurece fabulando algo temible y peligroso. Los que aman los lugares espaciosos, los huertos y cosas semejantes no tienen una melancolía pésima. Su mente y su razón es atacada siempre por el humo, antes que el corazón; por eso son más fáciles de sanar. Como tienen demasiado sueño, poseen una inmensa virtud sensible respecto del humo melancólico. Dicen que la bilis negra es doble en su acción en torno al sueño y la vigilia, pues ésta domina esencialmente deprimiendo el cerebro y hace dormir demasiado por el exceso de humo.

La bilis negra produce sueño; la casi luminosa produce vigilias, porque punza el cerebro y lo seca. Los que lloran tienen una melancolía ya casi encendida, que borra la risa; por eso lloran demasiado, porque un humo pésimo calienta sus cerebros. La melancolía de los que ríen no es completa aún, pues los cuerpos de aquellos están llenos de buena sangre y sus conformaciones no son corruptas.

Por esto el aforismo de Hipócrates: la alienación de la mente con risa, al no ser peligrosa, es más tranquila. Y la que es tristeza con seriedad no es segura, porque está lejos de la curación.

Los niños, a causa de su sangre moderada, y de su claridad, siempre ríen en el sueño. El alma se alegra por la temperancia de su cuerpo, pues es propio del alma seguir la complexión del cuerpo. Por esto también vemos reír mucho a muchos ebrios por el vino, pues el alma se alegra por su complexión moderada como humectada por el vino. En gran medida los ebrios lloran a causa de la corrupción de su cerebro y de la depresión de su espíritu animado.

En los enfermos del bazo aparece la seriedad y la falta de risa, por la corrupción de la sangre con su mal y la mezcla de bilis negra; es preciso que la substancia de la sangre se les clarifique para que a través de todo el cuerpo circule substancialmente moderada. Moderada y clarificada atiende y dilata al alma; por eso muestra alegría y risa.

Ya que hemos nombrado a la risa, es consecuente que definamos qué es y cómo es. La risa es la admiración del alma ante una cosa que no puede comprender; sin embargo, algunos la definen de otro modo: la risa - dicen - surge por algo de cuya razón no se puede dar cuenta, aunque sea producida por un *alma racional*.

Según algunos el bazo es su instrumento; según otros lo es el hígado, que separa la sangre y envía lo separado

a diversos lugares, como la bilis negra, la roja, etcétera. Otros piensan que el corazón es el instrumento de la risa, pues la sangre enviada al corazón es más clara y más sutil y mejor, y el *corazón tiene más espíritu* que la sangre enviada desde el hígado. Igualmente el corazón es el fundamento del calor natural, que es la substancia vital del espíritu. La materia de la risa es la sangre clara distribuida por todo el cuerpo. Un complemento de la risa es la definición acerca de la procedencia de su espíritu, sea si hay mofa, sea si no hay mofa. Se debe retornar a la risa y decir: la risa, o bien se extiende a todo, o bien es pequeña, como entre los ancianos, porque la tristeza y la seriedad y los accidentes melancólicos siempre acompañan a esta edad, a causa de su escasez de sangre. También se da otra razón: que la sangre, buena o mala, sea poca, entonces la sequedad y la frialdad dominan a los miembros de aquellos, porque el calor natural y la humedad substancial se acabaron en sus cuerpos.

Es suficiente lo que se ha dicho acerca de la risa y el llanto.

Si en alguna ocasión aparecen en los cuerpos melancólicos formaciones negras, pequeñas erupciones, éstas favorecen; pero si aparecen pústulas grandes no favorecen, sino que más bien a veces matan. Alguna vez, estos padecen mollicie epiléptica, porque la bilis negra daña el cerebro; en efecto algunos se vuelven epilépticos y, a partir de la epilepsia, melancólicos. Muchos leprosos también se han vuelto melancólicos y, sin embargo, la melancolía no los cura de la lepra. Por ello, Hipócrates, en su libro sobre las epidemias, dice: Cuando la melancolía se vuelve epiléptica, lo hace por la corrupción de la bilis negra en la complexión del espíritu y por la obstrucción de su ventrículo.

Ya que mencionamos la epilepsia, conviene que la definamos. La epilepsia es la escasa humedad que llena los ventrículos del cerebro, no impidiendo del todo que el alma muestre toda su acción hasta tanto la naturaleza distribuya la materia que obstruye. Por eso los antiguos llamaban a esta enfermedad apoplejía menor; la apoplejía mayor llena todos los ventrículos del cerebro. Los accidentes siguen a la apoplejía, los sentidos y los movimientos voluntarios se arrebatan y el pensamiento y las virtudes ordenativas se corrompen.

Hay también un espasmo que es el peor de todos, el que rápidamente disuelve la virtud espiritual. A esto sigue la sofocación de la digestión y la emanación involuntaria de la orina. Esta enfermedad es llamada por el vulgo divina, porque es misteriosa y dicen que los que la padecen son demoníacos.

Algunos médicos la llaman epilepsia, otros manía. Esta enfermedad se divide en dos: una con fiebre, otra que nace de la bilis roja. Este modo (el que nace de la bilis roja) es manifiesto; el otro, que nace con luna decreciente o menguante, no es tan manifiesto. Y éste de nuevo se divide en dos: epilepsia o la epilepsia se muda en melancolía; otro es el flemático, que nace de esta materia. Galeno dijo: toda epilepsia nace en luna llena; su materia es muy húmeda, pues todo lo húmedo crece con la luna creciente o menguante. En el hombre crecen los cuatro humores y especialmente la sangre y el cerebro porque son muy húmedos. Cuando la luna mengua, la materia es muy fría y poco húmeda. A lo que ya hemos dicho en esta parte falta agregar lo que diremos en el libro subsiguiente, acerca de cómo se debe medicar esta enfermedad ■